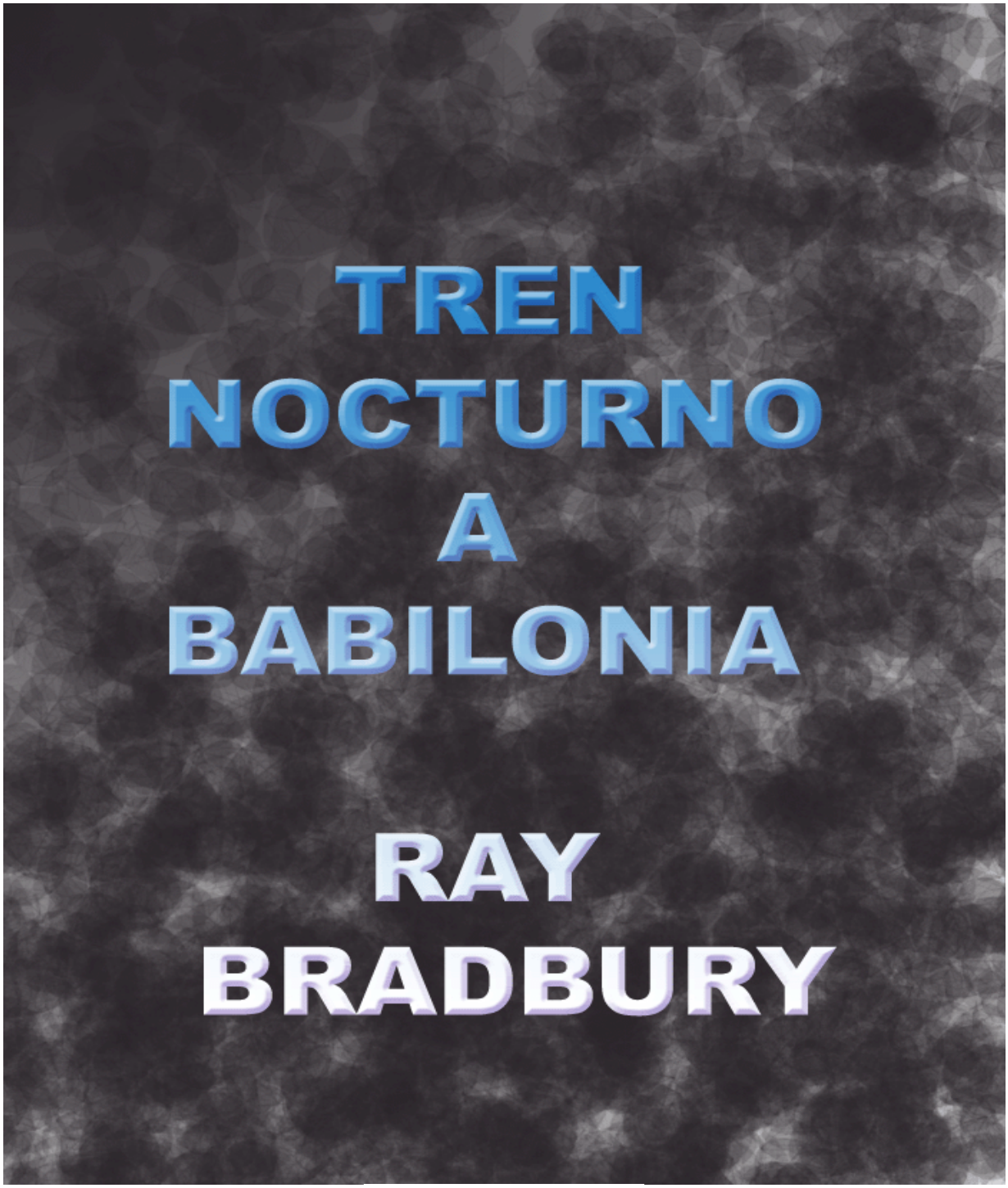
LIBRO dot.com

TREN NOCTURNO A BABILONIA

RAY BRADBURY



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

TREN NOCTURNO A BABILONIA

RAY BRADBURY

JAMES CRUESOE SE ENCONTRABA EN EL COCHE BAR DE UN TREN que, tambaleante como un ebrio, se precipitaba fuera de Chicago, cuando el guarda se acercó a los tumbos, echó una mirada hacia el bar, le guiñó el ojo a Cruesoe y continuó su vacilante camino. Cruesoe prestó atención a lo que oía. Exclamaciones. Gritos. Alboroto.

"Parecen ovejas desesperadas, felices de salir trasquiladas", pensó. "O aladeltistas que se arrojan sin alas desde un acantilado."

Pestañeó.

Porque en el bar, atraídos hacia a una fuente invisible de gozosa turbación, se apiñaban unos hombres contentos de que los desvalijaran, felices de que les hurtaran la billetera y la sensatez.

Es decir, jugadores.

"Jugadores aficionados", precisó Cruesoe en su mente. Se puso de pie, avanzó bamboleándose por el pasillo y se detuvo para mirar por encima de los hombros de aquellos ejecutivos que se comportaban como adolescentes en plena vuelta olímpica.

-Muy bien, ¡miren! Acá está la reina. ¡Desapareció! Rápido, ¿cuál es?

-¡Ésa!

-¡Dios mío, perdí hasta la camisa! -exclamó el tallador-. A ver... otra vez. Aquí viene la reina, la reina se va... ¿adónde?

"Los va a dejar ganar dos veces y, luego, hará saltar la trampa", pensó Cruesoe.

-¡Ahí! -gritaron todos.

-¡Qué suerte que tienen! ¡Estoy arruinado! -dijo el jugador oculto.

Cruesoe ya no podía contenerse; se moría por ver a ese hábil mago de variedades.

En puntas de pie, separó unos hombros que se contorsionaban y se asomó, sin saber con qué se encontraría.

Pero lo que vio fue a un hombre sentado, sin cejas pobladas como gatas peludas ni bigotes engominados. Tampoco le brotaban pelos de las orejas ni de las fosas nasales. El cráneo no pugnaba por atravesarle el cuero cabelludo. Llevaba un traje marrón grisáceo y una corbata gris oscuro con un nudo prolijo. Tenía las uñas limpias, aunque no arregladas por manicura. ¡Increíble! Un hombre común, con el aplomo de quien está a punto de perder un partido de cribbage entre amigos.

"Ah, claro", se dijo Cruesoe al ver al jugador mezclar lentamente los naipes. Esos movimientos tan cuidados revelaban al pícaro oculto tras la máscara de ángel. El fantasma de un vendedor de feria yacía como una pálida epidermis bajo el chaleco del hombre.

-¡Con moderación, caballeros! -dijo mientras barajaba las cartas-. No se excedan con las apuestas.

Los hombres respondieron al reto echando paladas de dinero a la caldera.

-¡Sooo...! No apuesten más de cincuenta centavos. ¡Prudencia, señores!

Las cartas saltaban unas sobre otras mientras el repartidor, en apariencia ajeno a su tarea, recorría con la vista a quienes lo rodeaban.

-¿Dónde tengo el pulgar izquierdo? ¿Y el derecho? ¿O es que tengo tres pulgares?

Todos se echaron a reír. ¡Ah, qué gracioso!

-¿Están desorientados, compañeros? ¿Se despistaron? ¿Otra vez me toca perder?

-¡Sí! -balbucearon a coro.

-Pero ¡qué maldita! -exclamó, crispando las manos-. ¿Dónde está la reina roja? Bueno, empecemos de nuevo.

-¡No! ¡La del medio! ¡Déla vuelta!

La carta quedó boca arriba.

-No puede ser-dijo alguien, asombrado.

-No me atrevo a mirar. -El jugador tenía los ojos cerrados.

-¿Cuánto perdí esta vez?

-Nada -susurró otro de los presentes.

-¿Nada? -Azorado, el jugador abrió desmesuradamente los ojos.

Todos tenían la vista clavada en una carta de palo negro.

-¡Qué susto! ¡Ya me daba por vencido! -Sus dedos se deslizaron como arañas hacia la derecha: otra carta negra. Luego, hacia la izquierda... ¡la reina!

-Pero ¿qué hace ahí? Por favor, muchachos, quédense con su dinero.

-¡No! ¡No! -Todos negaron con la cabeza.

-Usted ganó. ¿Cómo iba a saberlo? Lo que pasa es que...

-Bueno, si insisten... Y ahora, ¡presten atención! Cruesoe cerró los ojos. "Acá se acaba todo. De ahora en más, van a apostar y a perder una y otra vez. La fiebre del juego ya se apoderó de ellos."

-Qué lástima, caballeros. Fue un buen intento. ¡Ahí va! Cruesoe sintió que se le crispaban los puños. Volvía a tener doce años y un bigote postizo sobre los labios, en una fiesta con los compañeros de la escuela y las tres cartas desplegadas sobre la mesa. "¡Miren bien cómo desaparece la reina roja!" Y los gritos y las risas de los chicos acompañaban el escamoteo de sus manos, que se ganaban las golosinas que luego devolvería en un gesto de compañerismo.

-¡Uno, dos y tres! A ver, a ver... ¿cuál es?

Sintió que su boca susurraba las antiguas palabras, pero la voz era la de este mago que robaba billeteras y contaba el dinero en la profunda noche del tren.

-¿Otra vez perdieron? ¡Muchachos, más vale que se retiren antes de que los maten sus esposas! Bueno, as de piques, rey de tréboles, reina roja. ¡Es la última vez que la ven!

-¡No! ¡Es aquélla!

Cruesoe dio media vuelta, hablando consigo mismo. "No escuches. ¡Ve a sentarte y bebe algo! Olvídate de tus amigos, de tus doce años, de tu fiesta de cumpleaños. ¡Vamos!"

Dio un paso y...

-Con ésta, ya llevan perdidas tres vueltas, amigos. Debo levantar campamento y...

-¡No, no! ¡No se va a retirar ahora! Tenemos que recuperar lo que perdimos. Vamos, ¡mézclelas!

Y como si lo hubieran golpeado por la espalda, Cruesoe giró sobre sus talones y retornó al frenesí.

-La reina siempre estuvo ahí, a la izquierda -dijo. Todas las cabezas se volvieron.

-Estuvo ahí todo el tiempo -insistió, alzando la voz.

-¿Quién es usted, señor?-El jugador recogió las cartas con el rastrillo, sin levantar la vista.

-Un niño mago.

-¡Ah, qué bien! ¡Un niño mago! -Cortó el mazo y mezcló las mitades.

Los hombres se apartaron.

-Conozco el truco de las tres cartas -dijo Cruesoe, con un suspiro.

-Felicitaciones.

-No pretendo interrumpirlos. Sólo quería que estos buenos señores supieran que cualquiera puede ganar con este truco.

Los buenos señores respondieron con un murmullo apagado.

Levantando la vista, el jugador dejó caer los naipes.

-Muy bien, sabelotodo, ¡le cedo mi lugar! Caballeros, por favor, hagan sus apuestas. Nuestro amigo me va a reemplazar. Fíjense bien qué hace con las manos.

Cruesoe se estremeció. Las cartas aguardaban.

-Vamos, hijo. ¿Qué espera?

-No sé hacer bien el truco. Sólo sé cómo se hace. -¡ja! -El jugador paseó la mirada por todos los presentes. -¿Escucharon eso, amigos? Sabe cómo se hace, pero no sabe hacerlo. ¿O entendí mal?

Cruesoe tragó saliva.

-No. Pero...

-¿Pero qué? ¿Acaso un inválido puede actuar como un atleta? ¿Un rengo, como un corredor de fondo? -Miró por la ventanilla el destello de las luces que pasaban.-Señores, ¿quieren cambiar de caballos aquí, cuando estamos a mitad de camino de Cincinnati?

Los señores mascullaron, los ojos encendidos de rabia.

-¡Vamos! Muéstrenos cómo roba a los pobres. Súbitamente, Cruesoe apartó las manos de las cartas, como si se hubiera quemado.

-¿Qué pasa? ¿Prefiere no engañar a estos idiotas en mi presencia? preguntó el jugador.

¡Pero qué desgraciado más inteligente! Al oír cómo los tildaba, los idiotas lo respaldaron de viva voz.

-¿Es que no se dan cuenta de lo que está haciendo? preguntó Cruesoe.

-Sí, sí, nos damos cuenta farfullaron-. Mano a mano. A veces se gana, otras se pierde. ¿Por qué no se va de una buena vez?

Cruesoe contempló a través de los cristales la oscuridad que se precipitaba hacia el pasado, los pueblos que se esfumaban en la noche.

-Señor -comenzó a decir el fullero, todo honestidad y pulcritud-, ¿acaso me acusa usted, frente a estos hombres, de violar a sus hijas, de abusar de sus mujeres?

-¡No! -contestó Cruesoe, logrando hacerse oír por encima del tumulto-. Únicamente de hacer trampa con las cartas -agregó, en voz baja.

Bombardeos, sacudidas, erupciones de indignación. El jugador se inclinó hacia adelante.

-¡Muéstrenos, señor, dónde están las marcas en estas cartas!

-No hay cartas marcadas -dijo Cruesoe -. Es un simple juego de prestidigitación.

¡Dios! ¡Ni que hubiera gritado "prostitución"! Una multitud de globos oculares casi salta de sus órbitas. Cruesoe jugueteó nerviosamente con las cartas.

-No están marcadas -repitió-. Lo que pasa es que sus manos no se conectan con las muñecas ni con los codos ni, en definitiva, con...

-¿Con qué, señor?

-Con su corazón -dijo Cruesoe con cierta melancolía en la voz.

El tramposo esbozó una sonrisa presuntuosa.

-Señor, no estamos, precisamente, en una excursión romántica a las Cataratas del Niágara.

-¡Así se habla! -exclamó alguien.

Cruesoe se vio enfrentado por una gigantesca muralla de rostros.

-Estoy muy cansado -dijo.

Como impulsado por una voluntad ajena, sintió que su cuerpo se volvía y se alejaba haciendo eses, ebrio por el bamboleo del tren, a la izquierda y a la derecha, de vuelta a la izquierda, otra vez a la derecha. El guarda lo vio acercarse y desató una lluvia de papel picado de un boleto va marcado.

-Señor... -dijo Cruesoe.

El guarda contemplaba la noche en fuga tras la ventanilla.

-Señor -insistió-. Mire eso.

Con renuencia, el guarda dirigió la mirada hacia la muchedumbre del bar, que gritaba enardecida por las esperanzas que el tahúr les infundía y les robaba una y otra vez.

-Parece que están pasando un buen rato -comentó el guarda.

-¡No, señor! Esos hombres están siendo burlados, estafados, atizados...

-Un momento-lo interrumpió el guarda-. ¿Cree que están alterando el orden? A mí me parece más una fiesta de cumpleaños.

Cruesoe apuntó su mirada hacia el fondo del pasillo. Una manada de búfalos corcoveaba, enfurecida con los hados, ansiosa de que la desollaran.

-Bueno, ¿qué es lo que quiere? -preguntó el guarda.

-¡Quiero que bajen a ese hombre del tren! ¿No se da cuenta de lo que se propone? Pero ¡si ese truco se aprende en cualquier libro de magia de veinte centavos!

El guarda se inclinó para olerle el aliento.

-¿Conoce a ese jugador, señor? ¿Alguno de los otros es amigo suyo?

-No, yo... -Cruesoe se interrumpió, boquiabierto.

-¡Dios mío, ya me doy cuenta! -Tenía la mirada fija en el impertérrito rostro del guarda.- Ustedes... -dijo, pero no pudo proseguir.

"Ustedes están confabulados", pensó. "¡Se reparten el botín al final del trayecto!"

-Bueno, veamos... -dijo el guarda. Sacó un librito negro, se mojó los dedos y lo hojeó.

-¿A ver...? Mire cuántos nombres bíblicos y egipcios. Memphis, en Tennessee. El Cairo... queda en Illinois, ¿no? Ajá. Y acá está la próxima: Babilonia.

-¿Ahí va a hacer bajar a ese estafador? -No. A otro.

-No se va a atrever.

-¿Que no? -replicó el guarda.

Cruesoe pegó media vuelta y se alejó, trastabillando. -Idiota, imbécil -mascullaba-. ¡Por qué no cierras esa boca de porquería!

-Listo, caballeros -anunciaba el insidioso fullero-. Se cierran las apuestas. Ahí vamos... ¡Ah, no! Acá vuelve el aguafiestas.

"¡Ufa! ¡No! ¡Otra vez!", fue la respuesta generalizada.

-¿Quién se cree que es usted? -lo increpó Cruesoe.

-Me alegra que lo pregunte.-El jugador se reclinó contra el respaldo, dejando las cartas que hipnotizaban a la jauría. -¿Adivine adónde voy mañana?

-A Sudamérica, a respaldar a algún miserable dictador -respondió Cruesoe.

-No está mal encaminado -comentó el irónico hombre, asintiendo con la cabeza-. Prosiga.

-O, quizá, se dirige a algún pequeño Estado europeo en el que un loco chupa la sangre de la economía y la atesora en un Banco suizo con la ayuda de un brujo.

-¡Miren ustedes! ¡El muchacho resultó ser un poeta! A ver... acá tengo una carta de Castro. -Se tocó el corazón con su diestra mano de timbero.

-Una de Bothelesa y otra de Mandela, de Sudáfrica. ¿Cuál prefiere? -El jugador contempló la tormenta que pasaba, rauda, tras la ventanilla.

-Vamos, elija un bolsillo: el derecho, el izquierdo, el de afuera, el de adentro... -enumeraba, palpándose la chaqueta.

-El derecho -dijo Cruesoe.

El hombre metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, sacó un mazo de naipes nuevo y se lo acercó por encima de la mesa.

-Ábralo. Muy bien. Ahora, mézclelas y despliéguelas. ¿Ve algo raro?

-Eh...

-Démelas. El próximo juego será con el mazo que usted elija.

Cruesoe hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-¡Pero el secreto del truco no pasa por ahí! Está en la manera de apoyar y levantar las cartas. Da lo mismo que sea de uno u otro mazo.

-Vamos, elija tres cartas.

Cruesoe levantó dos 10 y una reina roja.

-Muy bien. -El jugador apiló las cartas y las mezcló.

-¿Cuál es la reina?

-La del medio. La dio vuelta.

-¡Eh, usted sí que es bueno! -exclamó el jugador con una sonrisa.

-Pero usted es mejor. Ahí está el problema -replicó Cruesoe.

-¿Ve ese montón de billetes de diez dólares? Es el pozo arriesgado por estos caballeros. Ya interrumpió el juego por mucho tiempo. ¿Quiere participar o ser el convidado de piedra?

-El convidado de piedra.

-Muy bien. ¡Empecemos! Reina por aquí, reina por allá. ¡Desapareció! ¿Dónde está? Amigos, ¿están dispuestos a perder todo su dinero? ¿No prefieren abandonar el juego ahora? ¿Todos de acuerdo?

Murmullos indómitos.

-Todos -respondió alguien.

-¡No! -exclamó Cruesoe. Una ráfaga de insultos estalló en el aire.

-Otra vez el sabihondo -dijo el tahúr con una calma mortal en la voz-. ¿No se da cuenta de que sus ondas hostiles pueden llevar a estos hombres a la ruina?

-No. No es mi hostilidad -retrucó Cruesoe-. Son sus manos las que manejan las cartas.

Protestas y rechifla por doquier.

-¡Váyase! Vamos, ¡empiece de una vez!

Con las tres cartas aún bajo sus dedos de cuidadas uñas, el jugador contempló la vertiginosa tormenta que huía al paso del tren.

-Acaba de arruinar todo. Gracias a usted, estos señores están destinados a perder. Su presencia entrometida ha logrado romper la atmósfera, el aura, la burbuja que rodeaba este juego. Cuando dé vuelta la carta, mis amigos pueden arrojarlo del tren.

-No se van a atrever -dijo Cruesoe. El jugador dio vuelta la carta.

El tren partió con un rugido en medio del aguacero bajo un cielo invadido por relámpagos y truenos. Antes de que se cerrara la puerta, el jugador sacó la mano y arrojó un mazo al aire sulfuroso. Los naipes emprendieron el vuelo: una bandada de palomas sangrantes que cayeron como granizo sobre el pecho y el rostro de Cruesoe.

El coche bar se alejó dando tumbos, rostros volcánicos y ojos flamígeros tras las ventanillas, puños que aporreaban los vidrios.

La valija que le habían arrojado del tren cesó su tambaleante marcha.

El tren desapareció en la lejanía.

Esperó un largo rato. Luego, se agachó lentamente y comenzó a recoger las cincuenta y dos cartas. Una por una. Una reina de corazones. Otra reina. Otra reina de corazones. Y otra más.

Una reina... De corazones.

Un rayo partió la noche. Podría haberlo fulminado sin que Cruesoe siquiera lo advirtiera.